

hay que añadir las defunciones registradas en los campamentos y hospitales de Varna, en Gallípoli y en el Pireo, que elevan á 5.000 el número total de muertes causadas por el cólera en el ejército de Oriente desde el mes de junio al 20 de agosto (1). Este cálculo, sin embargo, es incompleto, porque no comprende ni las pérdidas de las tripulaciones de la escuadra, que también sufrieron mucho, ni las de los ingleses, que, en verdad, fueron menos maltratados que nosotros. Además, entre aquellos á quienes la muerte respetó, muchos quedaron demasiado debilitados para tomar parte en las operaciones activas de la guerra y hubieron de ser conducidos á Francia; otros permanecieron en el cuerpo, pero conservaron la huella de la enfermedad y fueron durante el resto de la campaña fácil presa para toda clase de enfermedades. Como se ve, Varna y Bulgaria nada tenían que envidiar á los lúgubres recuerdos de Jaffa.

El destino, queriendo que las desgracias del ejército de Oriente fuesen proporcionadas á sus glorias futuras, todavía tenía reservada una nueva calamidad.

El día 10 de agosto, á eso de las siete de la noche, se distinguió desde lo alto de los campamentos que rodeaban á Varna una espesa columna de humo que se arremolinaba sobre la ciudad y que aumentó rápidamente hasta el punto de obscurecer la atmósfera. Al mismo tiempo oyóse tocar á generala, y de vivaque en vivaque los clarines y las trompetas repitieron el toque de alarma. A toda prisa se dirigieron á la población los batallones, entre los cuales había algunos llegados aquella misma mañana de la Dobrucha, que se habían librado de un desastre para presenciar otro nuevo. En la parte baja de Varna, no lejos del puerto, en el almacén de un comerciante de líquidos, acababa de estallar un incendio que amenazaba invadir toda la ciudad. Las construcciones de aquel barrio, que era el de los Bazares, eran todas de madera; soplaban el viento que venía del mar y que avivaba las llamas, y varios grandes almacenes de aceites y de líquidos espirituosos, de viveres y de prendas de equipos almacenados por cuenta de la administración militar, ofrecían abundante pasto al incendio. Las tripulaciones de los buques anclados en la rada acudieron inmediatamente con sus bombas: franceses, ingleses y turcos rivalizaron en celo los unos trabajando para localizar el fuego y los otros tratando de poner en salvo algunos objetos, como paquetes de uniformes, cajas de galleta, barriles de aguardiente; pero todos estos esfuerzos parecían inútiles y los jefes presenciaban consternados la destrucción de aquellas provisiones con tanta solicitud reunidas.

Muy pronto una preocupación más terrible se sobrepuso á todas las demás: las llamas envolvían tres grandes construcciones de piedra que servían de almacenes de pólvora á los ingleses, á los franceses y á los turcos, y de los cuales el de los franceses, por no estar abovedado, ofrecía especial peligro. Algunos intrépidos artilleros, ayudados por los marinos y soldados de infantería, subieron al tejado del polvorín y extendieron sobre él paños y mantas mojados sobre los que arrojaban agua continuamente las bombas. Al mismo tiempo, los ingenieros derribaban á hachazos las casas inmediatas

(1) Cuadro estadístico de las pérdidas del ejército de Oriente. (Scribe, *Relación médico-chirurgical...*, pág. 74.)

con la esperanza de dejar los polvorines aislados. Todo, sin embargo, parecía inútil al principio: generales y oficiales hallábanse en el lugar de la catástrofe dirigiendo los trabajos y á veces tomando personalmente parte en ellos; también había acudido allí el mariscal, doblemente impresionado por el horror del suceso y por los sufrimientos agudos de una de esas crisis que padecía, y más de diez veces estuvo tentado, según confesó al día siguiente, de mandar tocar retirada. Vencido por el dolor físico, retiróse al fin dejando al cuidado de su jefe de Estado mayor, el general Martimprey, el decidir cuándo sería necesario hacer retirar á los soldados á fin de evitarles el peligro de la explosión. Habíanse producido ya varios pánicos y se había visto á los fugitivos correr alocados hacia la campiña; las llamas lamían ya las paredes del polvorín y los trabajos desesperados de los zapadores no eran tan rápidos como los progresos del incendio; y el general Martimprey interrogaba al general Thiry. «¿No opináis que la partida está perdida?» le preguntaba, á lo que su colega consternado respondía: «Sólo un milagro puede salvarnos (2).» Sin embargo, contra lo que se temía, los zapadores lograron aislar los depósitos de pólvora y en el mismo instante un cambio repentino de la dirección del viento empujó las chispas hacia el mar. El peligro supremo estaba conjurado; pero la séptima parte de la ciudad había quedado destruida, lo propio que buen número de nuestros almacenes, y esta nueva catástrofe, unida á la epidemia cólerica y á la expedición de la Dobrucha, completaba cumplidamente la serie de las *calamidades de Varna*.

## V

Fácilmente se adivinan las emociones que debió experimentar el general en jefe en presencia de tantos desastres: en público mostraba un rostro impasible, y cuando pasaba por entre las filas de las tropas, éstas seguían admirando al caudillo brillante y atrevido que á fuerza de energía dominaba sus desfallecimientos y sus ansiedades; pero en la soledad y en la intimidad ya no disimulaba su abatimiento: «Me encuentro en medio de un vasto sepulcro, escribía, viendo cómo perecen mis soldados en el momento en que más necesitaría de ellos... He visitado en las alturas de Franka los dos hospitales de calenturientos y los restos del 1.º de zuavos, y he visto 1.100 enfermos y 2.000 enclenques... Cada día paso cinco horas entre muertos y moribundos..., y en cuanto á mí, añadía forjándose singulares ilusiones sobre sí mismo y con descorazonada amargura, me fortalezo con todas esas saludes que se van (3).» A estas tristezas uníase el asombro un tanto ingenuo del hombre que, en una carrera brillante, ha realizado cosas relativamente fáciles y no ha conocido las largas previsiones de la política y de la guerra grandes. Otras veces, el mariscal se rebelaba contra las desgracias pasajeras del destino: «Nada me habrá faltado, escribía en 13 de agosto, ni el cólera ni el fuego... No espero más que la tempestad... para desafiarla. Todo lo venceré, pero consumiré el resto de mi vida.» En algunas ocasiones se concentraba en sí mismo y, fatigado de sus esfuerzos, aspiraba

(2) *Correspondance inédite du general de Martimprey*.

(3) *Correspondance*, tomo II, págs. 456, 457, 459.

á regresar á la patria «á disfrutar de un reposo completo, absoluto, de una calma perfecta en medio de los suyos.» Pero este reposo no le atraía hasta el punto de que no quisiera, antes de gozar de él, «dar un golpe rápido y conseguir una gran victoria (1).»

¿Daría realmente ese gran golpe? ¿Lograría en la tierra de Crimea esa gran victoria? Muchos eran los que lo dudaban, porque tantas desdichas acumuladas habían engendrado cierta desconfianza. En los ocios del campamento se habla mucho sin que las palabras se hallen siempre contenidas por la disciplina, y se forma á la larga, como en la sociedad civil, una especie de opinión pública que, según las circunstancias, debilita ó fortalece el mando. Los pesimistas (y no faltaban allí por cierto) se espantaban de los huecos que la epidemia había dejado en las filas y contaban el número de hombres enclenques, que sin haber ingresado en los hospitales y sin estar ni siquiera sometidos á un tratamiento en las tiendas de campaña, eran, sin embargo, demasiado débiles para el servicio de la guerra. El cólera había atacado y atacaba todavía á las tripulaciones de la escuadra; ¿sería, pues, prudente embarcar á las tropas en los buques contaminados? ¿Estaba completo el material? ¿No había sido acaso destruida por el incendio una buena parte de las provisiones? Además se consideraba que la estación se hallaba demasiado avanzada para emprender una campaña tal vez larga y ardua, y se temían las dificultades del desembarco y las tempestades del equinoccio en las temidas aguas del mar Negro, fundándose para esto último en el parecer poco disimulado de los almirantes aliados, más hostiles que favorables á una gran expedición marítima. Los mismos ingleses, después de haber formado un primer plan de irrupción en Crimea, parecían más dispuestos á esperar que á llevar el plan á la práctica. El mariscal no ignoraba esa oposición vaga y sorda: «Muchos vacilan, escribía en 19 de agosto, ó son ahora contrarios á la expedición; quiero conocer nuevamente la opinión de los jefes (2).»

Y en efecto, los reunió el día 22 de agosto, pero no tanto para consultarles como para notificarles sus decisiones; y sin conseguir convencerlos á todos, logró, al menos en apariencia, que las aceptaran: describióles los peligros de una guerra allende el Danubio y los inconvenientes no menos graves de una inacción funesta para el buen nombre del ejército; les mostró la Crimea como una conquista gloriosa al par que como preciosa prenda para las negociaciones de la paz, y con una complacencia algo optimista dió á entender que la empresa sería indudablemente rápida, que las poblaciones tártaras se mostrarían favorables y que Sebastopol, mal fortificada, no resistiría al choque de nuestras tropas. Así habló el mariscal; sus palabras no desvanecieron todos los temores, y muchos, aun entre los mismos partidarios de la expedición, habrían deseado que ésta no se emprendiera sin disponer de mayores recursos, opinión que sustentaba el jefe de Estado mayor del comandante en jefe (3);

(1) *Correspondance*, tomo II, págs. 463-466.

(2) *Correspondance*, tomo II, pág. 466.

(3) «Hétenos ya lanzados, escribía pocos días después el general Martimprey, á esa gran empresa que tantas preocupaciones inspira y que fué motivo de tantas objeciones. Todos ven en ella un peligro, excepto dos ó tres que han sido siempre de parecer de que se acometa.» (*Correspondance inédite*.)

pero aunque muchas convicciones permanecían duras ó contrarias, es lo cierto que en lo sucesivo quedaban reducidas al silencio las objeciones. Por otra parte, después de haber venido de tan lejos, ¿podían los ejércitos renunciar á toda ofensiva ó inmovilizarse en una situación expectante? La opinión del general, discutible en todo lo demás, no tenía réplica desde este último punto de vista.

El día 25 de agosto una orden del cuartel general anunció oficialmente la próxima partida para Crimea, y desde aquel momento nadie pensó en otra cosa que en cooperar dignamente á la obra común. A todo esto, el cólera, que hacía tiempo que iba de baja, disminuyó hasta el punto de desaparecer casi por completo, y esta mejora del estado sanitario reanimó á las tropas. Hicieron á toda prisa los últimos preparativos; suplióse del mejor modo que se pudo y con los recursos locales el material que se había pedido á Francia y que aún no había llegado del todo de Tolón; la artillería terminó sus ensayos de embarco y de desembarco, y la intendencia acabó de organizar los servicios de viveres, de campamento y de hospitales. En cuanto á la escuadra, ya estaba dispuesta y sólo esperaba una última orden para tomar las tropas á bordo y llevárselas á través del mar Negro.

¿De qué elementos se compondría el cuerpo expedicionario? Los ingleses se llevaban casi todas sus fuerzas, es decir, cinco divisiones de infantería, una de caballería, nueve baterías de campaña, un parque de sitio y cuatro compañías del cuerpo de ingenieros, en conjunto unos 21.000 hombres. El ejército francés estaba formado por cuatro primeras divisiones (Canrobert, Bosquet príncipe Napoleón y Forey), que constituían cuarenta batallones, desgraciadamente muy reducidos por el cólera y por el gran número de convalecientes que quedaban en los depósitos. La quinta división permaneció provisionalmente en Varna, y por falta de suficientes medios de transporte fué también preciso dejar en tierra á la división de caballería, grave contratiempo que tuvo más tarde funestas consecuencias, embarcándose únicamente un escuadrón de cazadores de Africa y algunos spahis que el mariscal Saint-Arnaud había sacado de Argelia para su escolta personal. Las armas especiales se componían de doce baterías de campaña y de ocho compañías de ingenieros. El efectivo total del cuerpo francés se elevaba á 30.000 hombres, á los que había que agregar una división otomana de 7.000 al mando superior del mariscal.

En resumen, 58.000 hombres franceses, ingleses y turcos iban á partir para las costas de Crimea; y descontando las tropas de administración y los inútiles de toda clase, resultaba una cifra total de unos 50.000 combatientes.

Los ingleses y nuestra primera división se embarcaron en Varna; el resto de nuestro ejército, en Baltchik. El día 2 de septiembre los franceses estaban dispuestos para hacerse á la mar, pero fué necesario esperar á nuestros aliados, lo cual causó cierto descontento. Por fin, el día 7, vencidos ya todos los obstáculos, las escuadras combinadas se pusieron en marcha. Los soldados iban alegres y en buena disposición de ánimo, satisfechos de marchar hacia lo desconocido y contentos sobre todo de librarse de las tristezas y de la ociosidad de Varna;

algunos generales persistían en sus inquietudes y juzgaban algo aventurada aquella irrupción en un territorio que sólo conocían por el mapa y en busca de un enemigo de quien no se sabía ni el número de sus fuerzas ni la cuantía de sus recursos; mas como la decisión era irrevocable, ahuyentaban de su pensamiento la duda, y poniéndose en la misma tesitura de los más confiados, procuraban tranquilizarse con la esperanza de un triunfo. Entretanto, el mariscal, cada día más molesto por su enfermedad, pero también deslumbrado por su gloria. Embarcado en el *Ville de Paris*, iba de su lecho á su mesa de trabajo, dictaba ó escribía órdenes y se animaba hasta el punto de asombrar á los demás y de asombrarse á sí mismo por el aparente recobro de sus fuerzas; pero de pronto desaparecía la febril animación de su rostro, y su pobre cuerpo, un momento galvanizado, volvía á caer inerte y sin vida. A pesar de tan desfavorables presagios, el jefe del ejército de Oriente conservaba su fe en su buena suerte y esperaba confiadamente que la victoria le coronaría antes de que la muerte hiciera presa en él. Sobre todo, comprendiendo que sus días estaban contados, concentraba todo su espíritu en Dios, árbitro de la calma y de la tempestad, de la enfermedad y de la salud, del triunfo y de la de-

rrota: «Rogad por los combatientes de Crimea,» escribía á sus amigos de Francia.

Razón tenía el general en contar con las simpatías y con los votos de todos los franceses, votos y simpatías tanto más ardientes cuanto que todo el mundo estaba convencido de que sólo en Crimea podría el conflicto resolverse. Por un momento pudo esperarse que un golpe decisivo dado en el Norte precipitaría el desenlace: Inglaterra había preparado una flota considerable, y Francia, á su vez, había equipado una división naval y facilitado un cuerpo de desembarque de unos diez mil hombres; las escuadras combinadas habían penetrado en el Báltico y habían desembarcado el cuerpo expedicionario en las islas de Aland; y finalmente, la plaza fuerte de Bomarsund, atacada el día 12, había capitulado el 16. Pero, por brillante que fuese aquel éxito, no había de ir seguido de ningún otro en aquellas regiones. En efecto, los buques rusos no aceptaban el combate, y el ataque de Cronstadt habría sido una aventura en extremo peligrosa, pues el invierno comienza muy pronto en aquellas comarcas septentrionales y no tardaría en anunciarse. De manera que aquella expedición no fué más que un episodio, hoy casi inadvertido entre el conjunto de las operaciones de la guerra. Por consiguiente, al ejército de Crimea, sólo á él estaba confiada la suerte de la nación.

## LIBRO QUINTO

### CRIMEA

- SUMARIO: I.—*La Crimea*: configuración y relieve del suelo; población; la ciudad y el puerto de Sebastopol.—Elección del punto de desembarque: los ejércitos aliados desembarcan en Old-Fort.—Disposiciones de los rusos: sus fuerzas en Crimea; plan del príncipe Menschikof: se decide á trabar la batalla á orillas del Alma.—Marcha de los rusos: marcha de los aliados; los dos ejércitos frente á frente (19 de septiembre).
- II.—Batalla del Alma (20 de septiembre): el campo de batalla: de cómo la disposición misma del terreno dicta á los rusos y á los aliados su plan.—Movimiento del general Bosquet; de qué modo audaz y afortunado se realiza.—Marcha de las divisiones primera y tercera: de cómo suben hasta la meseta, acuden en socorro del general Bosquet y, después de un último combate, quedan dueñas de las alturas.—Los ingleses: resistencia que encuentran.—Se decide la victoria: retirada del enemigo: causas que impiden su persecución.
- III.—*Sebastopol*: sábase allí el fracaso de Menschikof: se espera un ataque inmediato: temores muy grandes, pero que no degeneran en pánico: espíritu de la población, del ejército y de los jefes.—Menschikof forma el proyecto de cerrar el paso echando á pique una parte de la escuadra rusa: resistencias de los marinos y plan del vicealmirante Khornilof: de cómo se ejecuta el proyecto de Menschikof: graves consecuencias de esta resolución.—Los aliados: su primitivo plan: de cómo el cierre de la rada modifica sus designios; proyecto de ataque por el lado Sur y marcha de flanco hacia Balaklava.—El mariscal Saint-Arnaud, su última enfermedad y su muerte.
- IV (*Extractado de la obra de La Gorce*).—Primer reconocimiento de los aliados en la meseta del Quersoneso: aspecto general de la meseta, sus barrancos y sus caletas: posición de Sebastopol, que los aliados ven por primera vez; estado de las fortificaciones del lado Sur; señales que revelan la actividad de los rusos.—¿Conviene apresurar ó diferir el ataque? El general Canrobert y lord Raglán, sin creer en la necesidad de un sitio regular, juzgan temerario un asalto inmediato.—Base de operaciones: la flota inglesa en Balaklava; la flota francesa en la bahía de Kamiesch.—Cuerpo de sitio y cuerpo de observación; los franceses encargados de los ataques de la ciudad y los ingleses de los de Karabelnaia.—Apertura de la trinchera (9 de octubre) y construcción de baterías.—Bombardeo del 17 de octubre: éxito relativamente escaso.—Disposición de los aliados; de cómo empiezan á desvanecerse las primeras ilusiones: confianza de los rusos que se aperciben á tomar la ofensiva.
- V.—*Combate de Balaklava* (23 de octubre).—Ataque de los rusos; los reductos turcos; el 93.º de Highlanders y la brigada Scarlett.—Suspensión de la lucha.—Orden de lord Raglán: el capitán Nolan; lord Lucán: lord Cardigán; carga de la brigada ligera; pérdidas enormes de esta brigada.—Fin del combate.
- VI (*Extractado de la obra de La Gorce*).—Inkermann.—Aumento de las fuerzas rusas y motivos para desear una batalla.—La meseta de Inkermann es el punto vulnerable de las posiciones inglesas.—Plan del príncipe Menschikof: un ataque principal y dos diversiones.—La noche del 4 al 5 de noviembre: estado de las tropas inglesas y últimas disposiciones de los rusos.—La columna Somoinof y su éxito seguido de un fracaso.—Los regimientos de Tarutino y de Borodino delante de la *batería de los sacos de tierra*; de cómo triunfan al principio y son después rechazados.—Gran ataque de la columna Paulof: terribles combates, diversas peripecias, derrota de los ingleses.—Intervención francesa y segunda fase de la batalla: Bosquet en el campo del Molino: sus disposiciones: sus temores: de cómo se reclama el socorro de las tropas francesas.—Bourbaki llega al campo de batalla: de cómo los rusos son rechazados y luego toman nuevamente la ofensiva.—Llegada de nuevas tropas francesas: último combate y derrota de los rusos.—Su retirada; diversos incidentes.—Las diversiones del príncipe Gortchakof y del general Timofeief.—Causas de la derrota de los rusos.—Pérdidas de los tres ejércitos.
- VII (*Extractado de la obra de La Gorce*).—Inkermann y Eylau: impresiones: medidas adoptadas: plan defensivo; primeras señales de invierno.—Tempestad del 14 de noviembre.—El invierno y sus sufrimientos: ropas, madera, carros, caballos, prestaciones personales.—Estado sanitario: diferentes enfermedades: evacuaciones á Constantinopla.—Los padecimientos de los ingleses son mayores que los nuestros; causa de sus padecimientos y espantosa reducción de sus efectivos.—Operaciones militares de invierno: trabajos de las trincheras: salidas sin importancia y combates nocturnos: grandes trabajos de fortificación terminados por los rusos.—Los aliados y su vida dependen del invierno: Kamiesch; el camino del campamento; los vivaques; los trajes; las trincheras; disposiciones materiales y morales; influencia y ejemplo de algunos jefes.—Revista del 31 de diciembre.
- VIII (*Extractado de la obra de La Gorce*).—Ilusiones en Francia y en Inglaterra sobre la duración y las dificultades de la guerra de Crimea.—De cómo estas ilusiones se desvanecen.—Francia: decepciones; carta del emperador al general Canrobert.—Inglaterra: emoción vivísima: convocación del Parlamento; agitación en la prensa y en el público: moción Robjuck: caída del ministro Aberdeen: perplejidades: Palmerston llamado al poder: medidas que adopta y éxito que las corona.—Francia: medidas adoptadas para aumentar las fuerzas militares: disposición del espíritu público: intervención del emperador en los asuntos de Crimea: planes y proyectos diversos; misión del general Niel.—Dos ideas nuevas: idea del bloqueo; idea de dirigir el ataque principal contra Malakof.

#### I

La Crimea ó Quersoneso Táurico de los antiguos es una península de forma irregular, limitada al Oeste y al Sur por el mar Negro, al Este por el mar de Azof y al Norte por el lago pantanoso de Sivache. En su extremo septentrional está unida á Rusia por el istmo

de Perekop, y algo más hacia el Este únese también al continente por una estrecha faja de tierra que llega hasta cerca de Ghenitchesk y á la que se da el nombre de *flecha de Arabat*. La naturaleza ha dotado á esta región de dos caracteres muy diferentes: al Norte extiéndese una vasta llanura sin árboles, casi sin aguas corrientes, en donde la vista, por muy lejos que alcance, sólo des-